

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

---

EL MANUSCRITO  
DE  
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

---

Entregas 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87 y 88.

---

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, número 14.

1872.

Cuaderno 12 de ocho entregas.

L47  
2228

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

THE MANUSCRIPT

# UNA MADRE.

EMILIO TREVES TRINIO

D. Basso, Roma

1880

Quadrato 18 di 1880

uno de los enmascarados que atentaron contra su vida: «hay secretos que causan la muerte al que los descubre.» Nos hallamos en un tiempo en que el gobierno, para librarse de los que él cree enemigos del orden, emplea el sistema preventivo, y nada tan fácil como enviar á un inocente á Fernando Póo para que se muera allá de una calentura maligna, ó antes de llegar. Seamos prudentes, seamos cuerdos y no precipitemos los acontecimientos, que ellos vendrán por sus pasos contados. Ahora veamos ese documento, en el que tiene usted tanta confianza para asegurar el porvenir de Daniel.

El doctor Samuel sacó un pliego del bolsillo de la levita, y entregándolo al doctor Mendez, añadió:

—Usted mismo puede convencerse de la eficacia y del valor de este escrito. ¡Oh! tengo la completa seguridad de que el general Lostan caerá anonadado tan pronto como fije en él los ojos.

—De todos modos, vuelvo á repetirlo, querido maestro: en este caso la prudencia nos sacará adelante y triunfaremos de todas las asechanzas que puedan tenernos.

Y el doctor Mendez leyó en voz baja el documento que acababa de entregarle Samuel.

Decía así:

«Don Faustino Noguerras, cura-párroco de Humanes, provincia de Guadalajara, arzobispado de Toledo.

»Certifico: Que en el libro corriente de matrimonios de esta parroquia, al fólío 428, se halla la siguiente partida en el día 16 de Setiembre de 185... Yo don

Faustino Noguerras, cura propio de Humanes, precedidas que fueron las tres públicas amonestaciones que manda el Santo Concilio de Trento, las que tuvieron lugar al ofertorio de las misas mayores de los dias 22 de Agosto y 1.º y 8 de Setiembre del presente, en que ocurrieron las Dominicas xv y xvi y la Natividad de Nuestra Señora, sin haber ocurrido impedimento alguno en esta parroquia, á pesar de haber trascurrido el tiempo oportuno, examinados y aprobados en doctrina cristiana, confesados y comulgados sacramentalmente y demás requisitos legales, *desposé* por palabra de presente y en acto seguido *velé in facio Edecio* á don Pedro Lostan, soltero, natural y vecino de Madrid, hijo legítimo de don Alfonso Lostan y de doña Juana Rodriguez, con doña Ángela Cantero, tambien soltera, natural de Sevilla, y de esta vecindad, hija legítima de don Ramon Cantero y doña Gertrudis Samper.

»Fueron testigos don Dionisio Gomez y don Romualdo Vinageras, de esta vecindad, y lo firmó fecha *ut supra*.— Faustino Noguerras.»

—Con este documento, querido maestro, á pesar de su estilo macarrónico y sabor á sacristía, creo que podemos dormir tranquilos y decir, sin temor de equivocarnos, que el porvenir de Daniel está asegurado.

—Pero usted comprenderá que es grande mi impaciencia por cumplir las órdenes de la difunta.

—¡Quién puede dudar eso!

—Yo necesito recuperar los papeles que me fueron robados.

—Providencialmente conservó usted en su poder el mas importante. Nada de precipitaciones, querido maestro, nada de impaciencia. Si yo le inspiro alguna confianza, le ruego me permita que tome alguna parte en este negocio, confiando que, mediante Dios, no saldremos del todo desairados.

—Bien, bien, no insisto mas; pero tengo grandes deseos de ver á Daniel.

—Le verá usted hoy mismo; pero antes es preciso que descanse usted algunas horas. Cuando se han cumplido sesenta años, no es muy prudente jugar con la salud.

El doctor Mendez condujo á su antiguo catedrático á la habitacion que le habia mandado disponer, y exigiéndole de nuevo formal promesa de que no daria ni un solo paso sin consultarle, le dejó para que descansase algunas horas, saliendo luego á hacer su visita.

Nosotros tambien, cambiando de decoracion, conduciremos á otro punto á nuestros lectores, haciéndoles viajar con la imaginacion, que es el modo mas cómodo y mas barato, aunque su invento data de tiempos inmemoriales.

---

## CAPÍTULO XI.

**El jefe de la policía secreta.**

Cuando una narracion de esas que escriben los soñadores que se llaman novelistas, llega á la altura que se encuentra la presente historia, hay en el relato multitud de cabos sueltos que distraen la imaginacion, haciéndola vacilar por algunos momentos.

Nosotros, respetando el mayor ó menor interés que estas páginas hayan inspirado al que las lea, le suplicamos que nos siga para conocer un nuevo personaje que va á aparecer por primera vez en la escena de nuestro libro.

Nuestros lectores, y en particular los de Madrid, conocerán el local donde vamos á conducirles.

Es una habitacion desmantelada, decorada con muebles viejos, situada en el piso segundo del Gobierno civil de esta muy heroica villa del oso y del madroño.

La estera que cubre el pavimento es de esparto blanco, convertida por el uso en un color ceniciento súcio; una mesa-escritorio de pino se halla colocada en mitad

del local; sobre esa mesa se ven multitud de papeles y una grande y antigua escribanía de bronce. Sentado junto á esta mesa, en un sillón de guta-percha descascarillado, se halla un hombrecillo de edad indefinible, pero de quien puede asegurarse que ha cumplido cincuenta años.

Su rostro es pálido, casi lívido; sus mejillas demacradas y sus pómulos salientes; sus ojos, pequeños y hundidos, ocultan la extrema vivacidad de sus pupilas bajo los cristales ahumados de esas gafas que han dado en llamarse, en el lenguaje familiar, de *ferro-carriles*.

Su traje, algo raído y anticuado, le da mas bien el aspecto de un cesante que de un empleado en activo servicio.

Al ver por la calle á nuestro nuevo personaje, el mismo Labruyere no se hubiera atrevido á definirle, porque habia en él una mezcla de candor y de malicia muy capaz de desorientar al fisonomista mas consumado.

Sin embargo, lo que nadie hubiera dicho al ver por la calle al señor Quesada, que este era el nombre del sugeto que nos ocupa, que fuera nada menos que el jefe de la policía secreta y el hombre que, por decirlo así, poseia la confianza del gobierno.

Y téngase entendido, que en la época que nos ocupa no se regia España por una Constitución democrática, sino por un Código preventivo que hacia de un agente de policía un poder terrible, pues bastaba una nota de sospechoso ó la malquerencia de un polizonte para

que el español mas honrado visitara sin ganas y á espensas del gobierno, las islas Filipinas ó de Fernando Póo.

El señor Quesada era, ni mas ni menos, que el jefe de la policia secreta, como hemos dicho hace poco; y á pesar de su figura raquítica y su semblante enfermizo, temblaban á su presencia mas de un mozo de complexion robusta y figura atlética.

El señor Quesada acababa de recibir unas comunicaciones del gobierno y las examinaba con detencion, saboreando de vez en cuando el placer del tabaco, que tanto distrajo al héroe de Jena en los últimos dias de su vida.

Tenia, pues, sobre la mesa una ancha caja negra de ébano, en la que introducía de tanto en tanto el índice y el pulgar de la mano derecha, cuando se abrió la puerta de su despacho y se presentó su ordenanza.

Como el señor Quesada no tenia la costumbre de que nadie le interrumpiera, alzó la cabeza, se puso las gafas sobre la frente y de sus pequeños ojos brotó una de esas miradas que tienen la influencia magnética del rayo.

El ordenanza comprendió inmediatamente que habia disgustado á su jefe, y se disponia á disculparse, cuando el señor Quesada, descargando un terrible puñetazo sobre la mesa, que puso en gran peligro la gravedad del tintero, dijo con una voz ágría y destemplada:

—Al grano. ¿Por qué ha entrado usted aquí sin que yo le llame?

—Perdone V. S.,—contestó el ordenanza con acento trémulo.

—Menos palabras y conteste usted en seco á la pregunta que acabo de dirigirle.

—Pues bien, señor; es que ha venido el ayuda de cámara del general Lostan y dice que trae un recado para V. S. de parte de su amo.

El apellido del general produjo buen efecto al jefe de la policía secreta, pues humanizando su semblante, contestó con una entonacion mas suave:

—Que entre.

Un momento despues, Santiago se encontraba frente á frente del señor Quesada.

—Dispense usted si mi ordenanza le ha hecho esperar algunos minutos.

—Eso no vale la pena.

—¿Qué es lo que quiere el general?

—Me ha entregado esta carta para usted.

Y Santiago dejó sobre la mesa la carta que poco antes le habia dado su amo.

Leyóla en voz baja el señor Quesada, y despues de terminar su lectura, dijo:

—¿Está en casa el general?

—No saldrá hasta que yo regrese.

—Sí; me dice en su carta que es de la mayor importancia que nos veamos.

Y estendiendo la mano, tiró del llamador de la campanilla y se puso de pié.

El mismo ordenanza que ya conocemos se presentó en la puerta.

—Si el jefe me manda á buscar,—repuso el señor

Quesada,—dígame usted que he salido para asuntos del servicio, que volveré lo mas pronto que me sea posible.

Y luego, dirigiendo la palabra á Santiago, añadió:

—En el supuesto de que el señor general estará en casa, vamos ahora á verle.

—Como usted guste.

El jefe de la policía secreta y Santiago salieron del despacho, y poco despues subian á un coche que estaba esperando en la puerta.

Mientras tanto, el general Lostan, encerrado en su despacho, esperaba con creciente impaciencia la llegada del jefe de la policía.

Para el general era una cuestion de vida ó muerte encontrar al anciano médico de Horche, porque tenia la evidencia de que sabia su terrible secreto.

Pero al mismo tiempo, su inquietud era grande, porque le arredraba la idea de atentar nuevamente contra la vida de aquel anciano.

Sabido es que el crimen tiene un encadenamiento fatal que violenta á los hombres, haciéndoles cometer actos que nunca se hubieran creido capaces ni siquiera de imaginarlos.

Por una casualidad funesta, tal vez por un decreto de la Providencia, el doctor Samuel se habia librado de la muerte.

Su aparicion en Madrid no debia obedecer mas que á la idea de arrancar la máscara al hombre que habia atentado contra sus dias.

Por otra parte, aun en el caso de que Samuel cayese

en poder del jefe de la policía, ¿qué iba á hacer el general Lostan con aquel pobre viejo?

Dudas, temores, sobresaltos, terribles inquietudes agitaban, desde la llegada de Bonifacio, el corazón del general, que, paseándose por su despacho con la mirada sombría y el malestar pintado en el semblante, mas que un hombre, parecia una fiera acorralada en un círculo de fuego, que busca en vano una salida de aquel peligro de muerte que le amenaza.

Por eso de vez en cuando, levantando las manos al cielo con ademan amenazador y rechinando los dientes de rabia, murmuraba estas exclamaciones:

—¡Oh! ¡Qué imbécil es el hombre que busca cómplices para cometer el crimen! ¿Qué es un cómplice? ¿Qué es uno de esos hombres á quienes se les paga para que cometan uno de esos actos penados por el Código? Un dogal, sí, un dogal que nos ahoga; un lazo corredizo que nos estrangula; una exigencia viva que vejeta al lado nuestro; un pólipa adherido á nuestro bolsillo, y un sobresalto eterno de la conciencia.

El general se pasó varias veces la mano por la frente, y exhalando uno de esos suspiros que arrancan de lo mas profundo del pecho, volvió á decir:

—Mia es la culpa. Sí, mia es la culpa. La Providencia hace bien en sacudir mi rostro con el látigo invisible de su justicia. El hombre de corazón debe terminar sus asuntos sin necesidad de ayuda. Si yo me hubiera presentado en Horche, si yo hubiera apuntado mi revolver sobre la frente de ese médico fatal, estoy seguro que mi

mano no hubiera temblado y que á estas horas el que hoy me sobresalta se hallaria en el fondo de una fosa convertido en polvo y huesos.

El general se sonrió de un modo terrible.

Sus ojos dirigieron en derredor suyo una de esas miradas salvajes, amenazadoras, y deteniéndose en un retrato de su hija que se hallaba suspendido de la pared, se llevó una mano sobre el corazon, y como si la presencia de aquella hermosa cabeza agotara de improviso sus fuerzas, dejóse caer en una butaca, murmurando en voz baja:

—¡Ah! ¡Si no fuera por ella! Dios ha querido castigarme concediéndome ese ángel, cuya dulce voz resuena en el fondo de mi corazon como una música deliciosa, cuya purísima mirada penetra en el fondo de mi alma, derramando en ella el consuelo. Sí, sí, no hay duda, la Providencia me ha concedido ese ángel de la tierra, porque ese ángel es mi terrible castigo.

Don Pedro dejó caer su abatida frente entre las manos, permaneciendo inmóvil algunos segundos.

De esta actitud meditabunda le sacó un ligero ruido que se oyó en la puerta.

El general se levantó y fué á abrir.

Eran Santiago y Quesada.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Quesada?

—Á las órdenes de V. E., mi general,—contestó el jefe de la policía saludando respetuosamente.

—Retírate, Santiago. No estoy para nadie en casa. Adelante, señor Quesada, adelante. Tome usted asiento,

pues tenemos que hablar de un asunto para mí de la mayor importancia.

Santiago cerró la puerta, y un momento despues el general y el jefe de la policia se hallaban sentados el uno enfrente del otro.

Hay situaciones dificiles que las resuelve la primera palabra que se pronuncia, porque esa palabra las encamina al punto deseado.

Pocos momentos antes de la llegada de Quesada, el general no sabia qué decirle para interesarle en favor suyo.

Revelarle la verdad hubiera sido una imprudencia. Tenia, pues, que decirle algo para hacer que se tomara un vivo interés en el asunto que iba á confiarle.

Don Pedro procuró dominarse, y como hombre que tenia algun dominio sobre sí mismo, no le fué difícil conseguirlo.

—Ante todo, señor Quesada,—dijo don Pedro alargando un magnífico tabaco de Cabañas á su interlocutor,—comienzo por suplicarle me perdone la prisa que le he demostrado en mi carta por verle.

—El señor general sabe que me tiene siempre á sus órdenes y es para mí un placer servirle.

—Se trata, amigo mio, de encontrar á un hombre.

—Lo cual es bastante difícil,—contestó Quesada sonriéndose,—si hemos de dar crédito al filósofo Diógenes.

—¡Oh, sí! Aquel pobre diablo que vivia dentro de un tonel, sin tener mas patrimonio que su raída casaca y su linterna, no pudo encontrar un hombre en la sábia

Atenas; pero es, sin duda, porque Diógenes no conoció á mi amigo Quesada, porque en ese caso le hubiera dado la comision á él y hubiera encontrado al hombre.

—Si tanta es la confianza que inspiro al señor general, yo procuraré que mi conducta no la haga desmerecer. Sepamos de qué se trata.

—Tengo un verdadero pesar, amigo Quesada.

—¿Y puedo yo contribuir en algo para que ese pesar se aminore?

—¿Quién lo duda? pues se trata, como he dicho á usted antes, de encontrar á un hombre, á un pobre anciano demente, que debe, segun mis informes, hallarse en Madrid.

Quesada sacó con calma su libro de memorias del bolsillo del pecho de su levita, y cogiendo el lápiz, dijo:

—En estos asuntos me gusta siempre proceder con órden.

—Nada mas natural.

—Como son tantos los negocios que llevo entre manos, V. E. me permitirá que tome notas y le dirija algunas preguntas.

—Muy justo; puede usted hacer lo que guste, preguntarme lo que le plazca, con tal de que yo encuentre lo que busco.

—Ante todo, necesito saber algo perteneciente al individuo, lo que se llama en el lenguaje militar la filiacion.

—Diré á usted en pocas palabras lo suficiente para ponerle en autos sobre mi asunto.

—No deseo otra cosa.

—Vivia en el pueblo de Horche un pobre viejo, cuya razon, bastante perturbada, nos hacia temer con fundamento cometiera alguno de esos actos tan frecuentes como funestos en los que padecen enajenaciones mentales.

—Sí, vamos, se trata de un loco,—contestó Quesada.

—Precisamente. Un pobre loco que ha cumplido los sesenta años y que, con gran sorpresa mia y del hombre que le cuidaba, ha desaparecido del pueblo hace tres dias y hoy aun ignoramos su paradero.

—¿Y tiene V. E. sospechas de que se halle en Madrid?

—Casi me atreveria á decir que tengo la evidencia, porque el jefe de la estacion de Guadalajara asegura que le vendió un billete para la corte.

—Ya tenemos un dato importante. ¿Cuándo le vendió ese billete?

—Anteayer, á eso de las cinco de la mañana.

—¿De manera que debió llegar á Madrid en el tren-correo de Zaragoza?

—Es muy probable.

—¿Tiene V. E. la bondad de indicarme algunas señas particulares?

—Es un anciano que tendrá mas de sesenta años de edad, rostro venerable, cabellos blancos, ancha y despejada frente y una profunda cicatriz en la parte superior de ella. Se llama Samuel Fuentes. Fué en otro

tiempo médico del pueblo de Horche, y hay en su fisonomía cierta espresion de bondad que le hace simpático á la primera vista.

Quesada fué apuntando en su libro de memorias mientras el general hablaba.

—Creo que no será del todo difícil encontrar á ese hombre; mas, ¿qué debo hacer si así sucede?

—Avisarme inmediatamente, porque me intereso por el doctor Samuel, á pesar de que él en su locura me cree su enemigo, y no pocas veces agradece mis favores con duras reconvenciones, que yo compadezco y perdono porque me duele el estado de su enajenacion mental. Así, pues, mi querido señor Quesada, si usted logra encontrar á mi hombre, le ruego que le tenga incomunicado hasta que yo vaya por él para conducirle de nuevo al pueblo, de donde no debiera haber salido.

—Pierda V. E. cuidado, general. Antes de una hora echaré detrás de la pista del doctor Samuel media docena de sabuesos de mi mayor confianza, y espero muy pronto venir á anunciarle que hemos descubierto la madriguera del pobre demente.

—Si usted logra encontrarle me habrá prestado un señalado servicio.

—¿Tiene V. E. mas que mandarme?

—Nada mas.

—Volveré esta noche á dar cuenta á V. E. de mis pesquisas, y como el tiempo es oro para un hombre como yo, pido á V. E. permiso para retirarme.

—Hasta la noche, pues, querido Quesada.

—Hasta la noche, mi general.

El jefe de la policía secreta salió del despacho de don Pedro diciéndose para sí mismo:

—El diablo me lleve si entiendo una sola palabra de todo esto, pero preciso será complacer al general; mi honra está empeñada en encontrar á ese hombre... Quién sabe, tal vez eso sea mas difícil de lo que yo creo. Si es un loco, como dice el general, puede que á estas horas se halle viajando por la línea del Norte, mientras yo le busco por Madrid. Si no es un loco... entonces ya tendrá buen cuidado de ocultarse para que no le encuentren.

Y Quesada se encaminó pausadamente hácia el Gobierno civil, desde donde pensaba poner en movimiento á los satélites que estaban á sus órdenes.

## CAPÍTULO XII.

## Castillos en el aire.

—El conde de la Fé y Daniel estaban acabando de almorzar, cuando vieron entrar en el comedor al duque de San Plácido y á Julio de Monforte.

—En nombrando al ruin de Roma, luego asoma,—dijo el conde dirigiendo una sonrisa á los recién llegados.

—Eso quiere decir, señor conde, que se estaba usted ocupando de nosotros,—repuso el duque.

—Algo mas que eso, señor duque; estábamos esperándoles á ustedes, confiando que tomarian con nosotros una copa de Champagne y una taza de café,—añadió Daniel.

—Supongo que habrán ustedes visto al baron de Labra,—preguntó el conde.

—Venimos de su casa, y por cierto que el tal baron se halla tan tronado como un noble francés en la época del terror.

—He oído decir que ese muchacho ha derrochado una gran fortuna,—repuso el conde.

—Y por eso, sin duda,—añadió San Plácido,—hoy, que no le queda otra cosa que sus pergaminos, y eso porque nadie puede comprárselos, se entretiene en gastar las palabras hablando de las mujeres inoportunidades que tienen malos resultados.

—Pero, en fin, ¿qué han arreglado ustedes con ese caballero?

—Sencillamente, querido mio: que se batirán ustedes mañana á las nueve en la arboleda del cuarto molino.

—¿Qué armas ha elegido?—preguntó el conde.

—El sable.

—Está visto que ese jóven,—dijo á su vez Daniel,—tiene preferencia á lo menos peligroso.

—De lo que me alegró infinito,—añadió Julio, que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion.

—¿Y por qué, querido Julio?

—¡Toma! porque la causa que va á conducirnos al campo del honor no es suficiente para que dos hombres se maten.

—¿Le parece á usted poco,—dijo á su vez el duque de San Plácido,—coger á un hombre por la cintura y despedirlo sobre un sofá, poniéndole en ridículo delante de todo el mundo?

—El señor duque dice bien,—añadió Daniel.—El baron, como ofendido, tiene derecho á elegir el arma. Yo en su lugar hubiera optado por la pistola.

—Sea como quiera, bueno será que no pequemos de confiados,—dijo el duque.—Ustedes me han ofrecido una copa de Champagne y una taza de café, y luego que ese ofrecimiento sea una realidad consumada y consumida, necesito saber á qué altura se encuentra Daniel en el manejo del sable.

—Entonces mandaré que nos sirvan el café en el salon de armas.

Y el conde, tirando del llamador de la campanilla, dió algunas órdenes en voz baja al criado que se acercó.

Poco despues, Daniel, Julio y el duque de San Plácido se hallaban tirando el sable en el salon de armas.

El conde, con el pretesto de escribir algunas cartas, se habia dirigido á su despacho, donde le estaba esperando Castro.

—Supongo que habrá usted visto al baron.

—Sí, señor.

—¿Le ha entregado usted los diez mil reales?

—Se los he entregado, y puedo asegurar á usted que Ernesto ha recibido los diez billetes con inefable alegría. Además, me ha hecho pagar el almuerzo.

—¿Y ha aceptado mis proposiciones?

—Todas, sin quitar ni añadir una sola letra.

—Veo que sigue siendo un muchacho dócil.

—Mientras el señor conde pague bien, puede contar que el baron de Labra será su esclavo.

—¿Le ha encargado usted bien lo que deseo?—añadió el conde.

—Perfectamente bien, y me ha ofrecido que quedará

usted satisfecho de su comportamiento, aunque dice que es bastante difícil suministrar á su contrario una cuchillada tal y como usted desea.

—¡Bah! Nada tan fácil cuando se tiene un brazo tan diestro como el suyo.

—Además, me ha ofrecido que continuará siendo el amante platónico de Clotilde, pero para eso necesita tener á su disposicion el caballo.

—Usted le habrá dicho que no pienso, por ahora, retirarle mi proteccion.

—Es claro. El baron no tiene una peseta. El dia que esta intriga maquiavélica tenga término, no le quedará otro recurso que levantarse la tapa de los sesos ó arrastrar una existencia para la cual no ha nacido. Ernesto conoce esto mismo y me ha dicho que su único afan consiste en complacer al conde de la Fé.

—En verdad, señor Castro, que ha sido para mí una fortuna encontrar á ese jóven, cuya conciencia no se sobresalta por nada y cuya naturaleza es materia dispuesta para todo.

—¡Ah, señor conde, el dinero ha hecho en este mundo grandes milagros! Es la llave maestra que abre el santuario de nuestras conciencias y de nuestras voluntades. El baron de Labra ha derrochado en poco tiempo una gran fortuna. Acostumbrado desde la infancia á una vida de esplendor y lujo, ni concibe ni se siente con fuerzas para soportar las penalidades de la miseria.

—Y sin embargo, la miseria está llamando á sus puertas.

—Sí, pero él busca todos los medios para no dejarla entrar,—añadió Castro sonriéndose maliciosamente.

—Preciso será proteger á ese pobre diablo de baron, si me sirve bien. América es el país de las aventuras, de los hombres de fortuna. Le buscaré una colocacion en América.

—No aceptará, porque el baron ha nacido para gastar y no para trabajar. Ese jóven no tiene mas que dos modos de resolver su situacion: ó casarse con una mujer rica, ó pegarse un tiro.

—¿Sabe usted, señor Castro, que se complicaria mucho nuestro asunto si el baron tuviera la mano desgraciada?

—El baron regulará el golpe tal y como desea el señor conde.

—Mucha confianza le inspira á usted Ernesto.

—¡Oh! mucha, y si en vez del sable se hubiera elegido el florete, hubiera puesto la punta de esa arma en donde hubiese querido.

—Usted no cuenta con que Daniel es un jóven sereno y no muy torpe en el manejo del sable.

—No importa, recibirá una buena cuchillada, y con ello crecerán los disgustos del general y el amor de la señorita Clotilde.

—¿Y cómo sabe usted que el general tiene disgustos?

—Sé mas que eso.

—¡Hola! ¿y se está usted tan callado?

—Espero la ocasion para dar parte de mis investigaciones.

—Siempre le he tenido á usted por un hombre aprovechado. ¿Qué es lo que ocurre?

—Sencillamente: que el general ha prohibido á su hija que ame á Daniel.

—¿De veras?—preguntó con interés el conde.

—Y como la prohibicion es causa del apetito...—

—Clotilde,—añadió el conde,—piensa mas en Daniel desde que la han dicho que le olvide, ¿no es eso?

—Precisamente.

—Entonces, puede asegurarse que ganamos la partida.

—Tengo, sin embargo, una duda, señor conde.

—¿Cuál?

—Supongamos que el general Lostan llega á convencerse de que su hija está perdidamente enamorada de Daniel.

—Desde el momento en que la prohíbe que le ame, debe suponerse que abriga fundados temores de que así suceda.

—En ese caso, no creo tan infame al marqués del Radio para ocultar á su hija el secreto del nacimiento de Daniel.

—Jamás hará semejante revelacion á su hija.

—No abrigo yo esa confianza, señor conde, y si el general llegara á decir á Clotilde: «No ames á ese hombre, porque es tu hermano,» todos nuestros planes se derumbarian como uno de esos castillos de naipes que construyen los niños.

Estas reflexiones disgustaron al conde de la Fé, que,

durante algunos segundos, guardó silencio, temeroso, sin duda, de que se realizaran.

Después de una corta pausa se pasó varias veces la mano por la frente, como el que desea ahuyentar tristes pensamientos, y volvió á decir:

—Sí, dice usted bien, si los amores platónicos de Daniel y Clotilde se prolongan, no tendrá nada de extraño que perdamos la partida; es preciso, pues, es necesario que tomen un giro mas positivo.

—Pero eso es bastante difícil, —repuso el señor Castro.—Desgraciadamente Daniel no es uno de esos piratas del amor que no gustan perder tiempo; alma pura y casta, vive de la contemplacion, y por nada del mundo dirigiria á la mujer que ama ni una palabra ni una mirada que pudiera ofenderla.

El conde de la Fé comenzaba á tropezar con grandes dificultades para llegar á vengarse de su implacable enemigo.

Descubiertos por el general Lostan los amores de Daniel y Clotilde, era indudable que pondria de su parte todos los medios imaginables para evitar las desgracias de familia que podrian sobrevenirle.

El conde no ignoraba, porque así se lo habia demostrado la esperiencia, que basta un momento para que una mujer pierda la pureza de su alma, entregándose vencida al hombre que la deshonra.

Pero era muy difícil que esto le sucediera á Clotilde. Quedábale únicamente el consuelo de que, de no realizarse la venganza del modo sangriento que deseaba, el

general se veria en la necesidad de arrancarse la máscara y decir á Clotilde: «Tú no eres mas que una hija natural.»

—Amigo Castro,—volvió á decir el conde despues de algunos momentos de silenciosas reflexiones,—todos cuantos cálculos echáramos ahora serian inútiles. Despues del duelo, que debe efectuarse mañana, los acontecimientos marcharán con mas rapidez. Vamos á ver qué dicen los padrinos de la habilidad y disposicion de mi ahijado.

El conde se levantó y se disponia á salir de su habitacion, cuando un criado se presentó en una puerta.

—¿Qué ocurre?—le preguntó el conde.

—Un caballero que no ha venido nunca á casa desea hablar con V. E.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—El doctor Samuel Fuentes.

—¡Ah! el doctor Samuel. Me ha hablado mucho Daniel de ese hombre.

—Pero ese hombre ¿no estaba gravemente herido?—preguntó Castro.

—Sí; parece ser que una noche penetraron unos enmascarados por la ventana de su despacho, descerrajándole un tiro á boca de jarro, sin que hasta ahora se haya podido averiguar la causa de semejante crimen. Pero, si mal no recuerdo, Daniel me ha dicho varias veces que ese pobre doctor, de resultas de la herida, habia quedado con la imaginacion un poco perturbada.

—¿Á qué vendrá á Madrid?—preguntó con cierta curiosidad Castro.

—Pronto lo sabremos.

Y el conde, dirigiendo la palabra al criado, añadió:

—Que pase ese caballero. Déjeme usted solo, Castro.

El conde se sentó en una butaca y quedóse con la mirada fija en la puerta por donde debia entrar Samuel.

## CAPÍTULO XIII.

Donde el conde de la Fé representa una  
escena de comedia.

El doctor Samuel tenia tan vehementes deseos de estrechar contra su pecho á Daniel, que, desoyendo los consejos de su amigo Mendez, se habia dicho:

—Yo creo que sus temores son infundados; iré á ver á mi querido huérfano. No le diré nada del motivo de mi viaje á Madrid, y luego regresaré á mi casa sin que el doctor Mendez sepa que he llevado á cabo esta escursion sin su permiso. ¿Quién me conoce? ¿Quién ha de reparar en mí? Nadie.

Despues de decidir esto, Samuel se dirigió á casa del conde de la Fé. Preguntó por Daniel y le dijeron que no estaba, pues habia dado la orden de que no se recibiera á nadie.

Entonces Samuel se dijo:

—Ya que estoy aquí, aprovecho la ocasion para dar las gracias al conde por los favores que, segun el doctor Mendez, está haciendo á Daniel.

Preguntó por el conde, y como don Fernando reci-

bia á todo el mundo, se le pasó aviso, como recordarán nuestros lectores.

Un criado le introdujo, anunciando su visita, y al presentarse la venerable y simpática figura del anciano médico, el conde se levantó para recibirle.

—Ruego á usted, señor conde,—dijo Samuel,—me dispense si llego en ocasion inoportuna.

—Nada de eso, caballero, su nombre de usted no me es desconocido, pues lo pronuncia con frecuencia mi ahijado Daniel.

—¡Ah! ¿Conque Daniel se acuerda del pobre anciano que tanto le queria allá en el pueblo?—preguntó con inefable gozo Samuel.

—Se acuerda siempre, amigo mio. Pero tome usted asiento, porque supongo que usted vendrá á ver á mi querido huérfano.

El doctor Samuel, que habia formado un gran concepto del conde de la Fé sin conocerle, quedó prendado de la amabilidad con que le recibia.

—Permitame usted, señor doctor,—añadió el conde,—que me sorprenda viéndole restablecido, pues Daniel me ha dicho muchas veces que habia quedado usted bastante delicado de resultas de una herida.

—¡Ah! sí, he estado muy grave. La herida fué mortal, pero caí en buenas manos, como familiarmente suele decirse.

—Lo celebro infinito, y tengo la seguridad de que Daniel se alegrará mucho. Pero, ¿está usted completamente restablecido?

—Completamente, señor conde. La bala penetró en mi cabeza por la parte alta del coronal y debí quedar muerto en el acto, pero milagrosamente se corrió por las paredes del cráneo, de donde no ha podido extraerse todavía. De modo que mi convalecencia ha sido larga y penosa, produciéndome un atontamiento muy parecido á la imbecilidad; pero, gracias á Dios, la debilidad del cerebro ha desaparecido y hoy me siento perfectamente bien.

—¿Y no conoció usted á los miserables que atentaron contra su vida?

El doctor se sonrió de un modo significativo que hizo comprender al conde que algo sabia.

—Tengo mis sospechas, señor conde, que espero aclarar con el tiempo. La justicia no ha podido encontrar á los asesinos, pero yo creo que algun dia, tal vez no muy lejano, podré decir con toda seguridad: «esos son.»

Las palabras de Samuel comenzaban á ser interesantes para el conde, y como si una voz secreta le dijera: «Esa cicatriz que ostenta en la frente ese pobre anciano, tiene relacion con el nacimiento de Daniel,» se dispuso á saber lo que el doctor demostraba ocultar.

—Daniel siempre ha creído que los que trataron de asesinar á usted eran unos ladrones.

Samuel agitó la cabeza en sentido negativo.

—No eran ladrones, señor conde.

Y sonriéndose de un modo triste, añadió:

—Ó por mejor decir, sí que lo eran, pues me robaron unos papeles que no me pertenecian.

—¡Hola, hola! Por las palabras que acaba usted de decir vuelvo á abrigar las mismas sospechas que abrigué la primera vez que Daniel me refirió la historia de aquella noche de sangre en que usted corrió tan inminente riesgo de perder la vida.

Y el conde, aproximando un poco la butaca á Samuel, añadió con franca y alegre espresion:

—Querido doctor, yo no soy hombre que me gusta enaltecer los favores que hago, pero he demostrado, y esto lo sabe todo Madrid, que he recibido en mi casa á Daniel como puede recibirse á un hijo despues de largos años de ausencia.

—Lo sé, señor conde, lo sé, y en nombre de su santa madre, que está en el cielo, vengo á darle las gracias. Lo que usted ha hecho por Daniel no puede enaltecerse nunca bastante con palabras.

—¡Bah! Soy inmensamente rico, no tengo sobre la tierra ningun heredero directo que me reconvenga, y le confieso á usted ingénuamente que, al leer la carta de la desgraciada Ángela, en la que me recomendaba á su hijo, me eché las cuentas conmigo mismo y me dije: puesto que Ángela, en otro tiempo, durante una penosa enfermedad que me hizo luchar por espacio de un mes entre la vida y la muerte, vino á sentarse junto á la cabecera de mi cama, convirtiéndose para mí en una santa y cariñosa hermana de la Caridad, hoy, que Daniel se presenta á las puertas de mi casa, pobre y huérfano, justo es que yo le reciba como un padre.

—Por mucho que usted quiera empequeñecer las

grandezas de su beneficio en favor de Daniel, yo, que amo á ese pobre huérfano como á un hijo, yo, á quien Ángela amó como á un padre, no encontraria nunca palabras para enaltecer el comportamiento de usted. Si es cierto que Dios concede á las almas de los justos en el paraíso el don de ver los actos que se practican en la tierra, Ángela rogará eternamente por el conde de la Fé.

Don Fernando era un escéptico. Para él, el paraíso y el infierno solo existia en la tierra de los hombres. Para él, el cielo no era otra cosa que un inmenso vacío por donde se paseaban las nubes y los planetas.

Mas allá de la muerte, para el conde de la Fé no existia nada.

La presencia del doctor Samuel en Madrid le sobresaltaba, porque era indudable que aquel viejo bondadoso, en quien Ángela habia depositado toda su confianza, no ignoraba el secreto del nacimiento de Daniel.

Don Fernando, hombre de viva y clara imaginacion, comprendió al momento que era preciso captarse las simpatías de Samuel é inspirarle una gran confianza para que le revelara su inesperado viaje á Madrid.

—Pues sí, querido doctor,—volvió á decir el conde como si reanudara una interrumpida conversacion,—cada dia que pasa estoy mas contento de lo que he hecho con Daniel; le quiero como á un hijo, y aquí, para entre los dos y hablando con verdadera confianza, le diré á usted que pienso nombrarle mi heredero.

—¡De veras, señor conde!

—¡Qué diablos! He cumplido los sesenta años. Soy un solteron incorregible y pegado á mis vicios y defectos. No tengo, como he dicho á usted, herederos forzosos, y amo á Daniel como á un hijo. Hoy le tengo asignada una pensión de cuatro mil reales al mes para sus gastos de soltero, y cuando á Dios se le ocurra borrar mi nombre del gran libro de los vivos, es muy probable que mi testamento se reduzca á estas pocas palabras: «Nombre heredero universal de todos mis bienes habidos y por haber á mi ahijado Daniel.»

—Mientras usted se porta con una generosidad casi inverosímil, otro hombre, un miserable, con el pecho cubierto de condecoraciones, faltando á las leyes de la naturaleza, desoyendo la voz de su conciencia, ofendiendo la memoria de una pobre mártir, que tuvo bastante valor para morir sin deshonrarle y bastante candidez para recomendar al pobre huérfano en una carta póstuma, despidió ignominiosamente de su casa á Daniel.

—¿Y quién es ese hombre, querido doctor?

—Ese hombre se llama el general Lostán. Pero el doctor Samuel aun vive y el día de las reparaciones no está lejos. La Providencia ha querido conservar mis días, el robo no pudo efectuarse por completo, y yo aun conservo un documento que hará humillar la frente á los soberbios y el sol de la justicia brillará sobre la cabeza del justo.

El conde no se habia engañado. Era indudable que aquel hombre lo sabia todo; para el doctor Samuel no debia ser un secreto la historia del general Lostán.

Aquel anciano, con la cabeza cubierta de canas, iba á representar el papel del ángel de la justicia, y el conde temió que sus revelaciones destruyeran en un solo instante todos sus planes de venganza.

—Era preciso á toda costa conquistarse la confianza y hasta la voluntad de aquel anciano, obligarle á que sus labios permanecieran cerrados y que Daniel no supiera por entonces á quién debía la existencia.

—¿Sabe usted, señor doctor, que me sorprenden las palabras que acaba de pronunciar? ¿Qué tiene que ver el general Lostan con mi ahijado Daniel? Recuerdo me dijo que su madre le habia entregado una carta para el general, y que éste, después de leerla y arrojarla al fuego, le despidió con dureza de su casa.

—Conducta que ha venido á demostrarnos una vez mas que el general Lostan es un hombre sin corazon.

—En verdad que me sorprende todo lo que usted me dice. ¿Tenia Ángela derecho á esperar que Lostan protegiera á Daniel?

—Sí,—contestó secamente el doctor.

—Entonces no me esplico la conducta del marqués del Radio.

—¡Ah! ¡Si usted supiera, señor conde, si usted supiera las poderosas razones que tuvo Ángela para escribir á la hora de su muerte una carta! ¡Oh! parece imposible que sobre la tierra existan séres tan infames. Pero tengo la seguridad de que el sueño del general será intranquilo y que los remordimientos amargarán todas las horas de su existencia.

Y el doctor, bajando la voz, añadió:  
—Usted, señor conde, ha demostrado con su conducta que ama á Daniel como un padre y que se interesa vivamente por su felicidad y su porvenir. No debo, pues, tener secretos para usted. Ángela, al morir, me recomendó á su hijo, entregándome todos los documentos que podrian acreditar la legitimidad de su nacimiento. Al depositar tan importantes papeles en mi mano, me dijo: «Daniel se presentará con una carta mia al general Lostan. Si le protege, si cuida de su orfandad y asegura su porvenir, usted quemará estos papeles y que Dios haga felices á todos los que me sobrevivan. Pero si, por el contrario, desoye mis súplicas y le cierra las puertas de su casa, ¡oh! entonces basta de sacrificios, que la justicia y la verdad resplandezcan sobre el pobre huérfano.»

—¿Y esos papeles? —preguntó con inquietud el conde.

—Esos papeles me fueron robados la misma noche que dejó de existir Ángela. Solo el general Lostan tenia interés en que desaparecieran.

—¿Luego es él quien intentó asesinar á usted?

—Lo ignoro, porque los dos hombres que asaltaron mi casa de noche llevaban el rostro cubierto con un antifaz.

—Y esos hombres...

—Uno de ellos, cuya voz creo que reconoceré aunque pasen muchos años, me propuso que le vendiera los papeles que me habia dado Ángela. Y al ver la indigna-

cion que su proposicion me causaba, me dijo con acento amenazador: «Hay secretos que cuestan la vida á aquel que los posee. ¡Va usted á morir!» Y descargó sobre mi frente el revolver que tenia en la mano. Caí al suelo como herido por un rayo. Los dos asesinos desaparecieron, llevándose el cofrecillo que encerraba los documentos de Ángela, y luego pasaron tres meses sin que yo mismo pueda darme cuenta de lo que ocurrió.

—¿Y dice usted que los reconoceria por la voz?

—¡Oh! sí, porque ha quedado muy impresa en mi memoria. Además, solo un hombre tenia interés en apoderarse de los papeles que me habia confiado Ángela.

—¿El general Lostan?

—Él solo.

—Pero si le han sido robados á usted todos esos documentos, ¿cómo podrá acreditar el derecho de Daniel?

—preguntó el conde con marcado interés.

—Providencialmente pude salvar uno, tal vez el mas importante, que yo habia puesto, poco antes de que los asesinos entraran por la ventana, debajo de un gran arenillero de bronce, y permaneció allí todo el tiempo que duró mi convalecencia.

—Y ese documento...

—Lo tengo en mi poder.

—¿Y dice usted que es muy importante?

—Nada menos que la partida de casamiento de Pedro de Lostan y Ángela Cantero.

—¡Ah! Entonces...

El conde se detuvo. Por un momento se ofuscó su clara y viva imaginación.

Si el doctor Samuel revelaba todo aquello á Daniel, la venganza era imposible tal y como la habia concebido.

Era preciso, pues, que el doctor no revelara á Daniel ni una sola palabra, que aquel secreto, que habia permanecido ignorado veinte años, continuara algun tiempo mas sin llegar á oídos de Daniel.

De todos modos, la situación de Lostan era grave, pero el conde deseaba vengarse de un modo terrible.

—Querido doctor, despues de la revelación que acaba usted de hacerme, no puedo menos de hablarle con la mayor franqueza, y debo decirle que me causa una profunda pena el que Daniel sea hijo del general Lostan.

El anciano fijó una mirada en el conde como si no comprendiera bien sus palabras.

—Procuraré esplicarme,—volvió á decir don Fernando, que iba serenándose poco á poco.—Cuando Daniel llegó á las puertas de mi casa sin otra recomendación que una carta de su madre, yo vivia sin conocer ninguna de esas gratas afecciones del alma que proporciona la familia. Recordando que en otro tiempo habia dado á Ángela el nombre de hermana, creí justo proteger á su hijo, puesto que me lo recomendaba en su última hora.

El conde se detuvo, y como queria dar á sus palabras un carácter interesante, exhaló un suspiro y volvió á decir:

—Hace aproximadamente dos meses que Daniel vive en mi casa, dándome el dulce nombre de padre. Acos-

tumbrado á oír ese nombre, que tan gratamente resuena en mi oído, levantando en mi corazón un eco de ternura, conozco, querido doctor, que me será muy doloroso verme privado del cariño y la compañía de ese jóven, á quien ya me acostumbraba á mirar como hijo. Si usted le revela el secreto de su nacimiento, Daniel abandonará esta casa y reclamará al general Lostan sus legítimos derechos, y yo, pobre y solitario viejo, á quien la Providencia ha concedido muchos millones, pero ha negado una familia, tendré que resignarme á sufrir tan dolorosa separación.

El conde de la Fé pronunció las anteriores palabras con una entonación tan patética, que hubiera causado envidia al actor más consumado.

Por su parte el doctor Samuel, obedeciendo á la nobleza de sus sentimientos, admiraba á aquel hombre, que había puesto en Daniel todo el desinteresado amor de un padre, y pensaba si su querido huérfano sería más feliz siendo el ahijado del conde de la Fé que el hijo legítimo del general Lostan.

—Tan nobles, tan generosos son los sentimientos de usted, señor conde,—dijo Samuel,—que, si consideraciones de la mayor importancia no me aconsejaran arrancar la máscara al general Lostan, yo guardaría el más profundo silencio, y quemando el documento que existe en mi poder, dejaría á ese hombre desnaturalizado sin otro castigo que el de sus remordimientos. Pero Daniel necesita un apellido, de que hoy carece.

—Pues bien, doctor,—añadió precipitadamente el

conde,—si usted me ofrece guardar silencio, yo le doy el mio. Él será desde mañana vizconde de la Fé y heredará mis títulos y bienes despues de mi muerte.

—¡Ah! Es usted un ángel.

—No soy mas que un pobre viejo á quien comienza á enfriarse la sangre en las venas y necesita ese calor santo del amor filial que hace menos triste y penosa la existencia. Así pues, si usted acepta mis proposiciones, yo estoy dispuesto á cumplir lo que he ofrecido. Pero tengo dos exigencias, porque á los viejos, querido amigo, es preciso tolerarles sus achaques y sus rarezas. La primera se reduce á que establezca usted sus reales aquí en esta casa y que sea usted mi médico y el de Daniel; tendrá usted sus habitaciones independientes y su sueldo como médico de cámara del conde y del vizconde de la Fé.

Y don Fernando, riéndose de ese modo bonachon que inspira confianza y frotándose las manos como el hombre que está satisfecho de sí mismo, añadió:

—En cuanto á la segunda exigencia, estoy seguro que le parecerá á usted un poco mas grave. Pero ¿qué quiere usted? es hija del inmenso cariño que me inspira Daniel.

Y don Fernando, cambiando de entonacion y fijando una mirada penetrante en el anciano, repuso:

—Querido doctor, puede usted juzgarme, si quiere, desconfiado y receloso, pero yo necesito que usted me entregue ese documento que acredita, sin ningun género de duda, la legitimidad del nacimiento de Daniel.

—Nada de cuanto usted me proponga puede inspirarme desconfianza, señor conde, pero cuando las canas

han nacido en nuestras cabezas, los hombres prudentes no deben obrar con precipitacion. Las proposiciones que usted me hace son altamente ventajosas y me siento inclinado á aceptarlas, pero yo pido á usted un plazo para decidirme.

—¡Oh! Puede usted tomarse todo el tiempo que quiera, pero con la condicion de que durante esta tregua no revelará usted á Daniel ni una sola palabra.

—Se lo prometó á usted.

—Y puesto que nada mas tenemos que decirnos, creo que es muy justo que dé usted un abrazo al señor vizconde de la Fé.

Y el conde, levantándose, ofreció el brazo á Samuel.

—Vamos, pues, á buscarle, querido doctor, y le encontraremos alegremente entretenido en el salon de armas con dos amigos, porque los ricos matan el tiempo de un modo muy distinto que los pobres.

. . . . .  
 . . . . .

El duque de San Plácido estaba satisfecho de su ahijado, y despues de una hora de exámen, dejó el sable de madera en la panoplia y dijo:

—Basta por hoy. Creo, querido Daniel, que saldrá usted airoso de este lance, de lo que quedaré completamente satisfecho.

—¡Oh! Mucho me alegraria de que le dieras al baron una buena cuchillada,—dijo Julio.

—Procuraré complacerte,—repuso Daniel dejando á su vez el sable y dirigiendo una sonrisa á su amigo.

—En los desafíos,—añadió el duque,—con un poco de serenidad y otro poco de destreza se sale siempre bien.

—Espero que no me falte el valor.

—Y no se olvide usted de las paradas que acabo de indicarle.

—Las tendré presentes por la cuenta que me tiene,—contestó Daniel.

En este momento se abrió la puerta del salon de armas y se presentaron el conde y el doctor Samuel cogidos del brazo.

Daniel reconoció al momento á su antiguo amigo, y lanzando un grito de alegría, corrió á arrojarse en sus brazos.

—¡El doctor!

—¡Ah, querido Daniel!

Despues de estas exclamaciones permanecieron un momento abrazados.

—¡Usted en Madrid!—preguntó Daniel.

—¡Vengo á verte!

—¿Pero completamente restablecido?

—Sí, gracias á Dios... bueno del todo.

Daniel condujo al anciano á uno de los divanes del salon y allí comenzaron á hablar en voz baja.

Mientras tanto el conde esplicaba á los padrinos de Daniel quién era el desconocido, añadiendo con cierta reserva:

—Es preciso no dar mas disgustos á ese pobre anciano, que quiere á Daniel como á un hijo; que no sepa que va á batirse mañana.

LIBRO OCTAVO.

---

Nuevos planes.

---

LIBRO OCTAVO.

---

Nuevos planes.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

## Donde el conde de la Fé continúa su trabajo de zapa.

Al día siguiente de los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, Clotilde, que no pudiendo dormir en toda la noche, había madrugado mas que de costumbre, tiró del llamador de la campanilla y dijo á su doncella:

—Tú sabes dónde vive mi amiga la señorita Blanca, ¿no es verdad?

—He ido dos veces á su casa,—contestó la doncella.

—Pues bien, voy á escribir una carta y quiero que se la lleves sin que nadie se entere.

—Tambien yo queria hablar á la señorita de una carta,—añadió la doncella sonriéndose.

—¡Tú!

—Sí, yo, porque me ha sucedido una cosa bien particular.

—¡Habla!

—Hace poco me asomé al balcon y observé que un

caballero de rostro venerable se paseaba por delante de la puerta, y no tardé mucho en advertir que de vez en cuando levantaba la cabeza y me hacia señas enseñándome un papel. Me retiré del balcon y cerré, pero apenas habian trascurrido algunos minutos, cuando oí llamar á la puerta.

Yo habia olvidado al caballero de las señas, y calcule usted cuál seria mi sorpresa al ver que era él quien llamaba.

Sobrecogida, intenté cerrar la puerta, sin poderme esplicar cómo habia llegado hasta mi cuarto, pero él, sonriéndose de un modo bondadoso, me dijo:

—Nada tema usted, jóven. Si me he atrevido á subir hasta su cuarto valiéndome de las relaciones que tengo en la casa, es porque deseo que llegue á manos de la señorita Clotilde una carta, sin que lo sepan sus padres, y nadie mejor que usted puede encargarse de dársela.

Yo me resistí á recibir la carta, y entonces me dijo:

—Ha sucedido una gran desgracia á un jóven por quien se interesa la señorita, y es preciso que llegue esta carta á sus manos.

En fin, señorita, tanto me suplicó, tan aturdida me hallaba, que cogí la carta. Si he hecho mal, con que usted me perdone y la rompa sin leerla todo quedará terminado.

Y la doncella sacó la carta del bolsillo y la puso sobre el velador.

Clotilde vaciló un momento, pero por fin, como si una fuerza superior á su voluntad la dominara, estendió el brazo, cogió la carta y dijo:

—Está bien: vete.

La doncella bajó los ojos al suelo hipócritamente y salió de la habitación.

Apenas Clotilde se quedó sola, rompió con presteza el sobre de la carta y se puso á leer en voz baja lo que sigue:

«Señorita Clotilde: me tomo la libertad de dirigir á usted la palabra por escrito para anunciarle una gran desgracia. Daniel se ha batido esta mañana y se halla gravemente herido. En su delirio solo pronuncia un nombre: «Clotilde.»

»Comprendo la pena que esta triste nueva causará á usted, que abriga el corazón mas generoso de la tierra, el alma mas bella del mundo.

»¡Pobre Daniel!... ¡Quién sabe si mañana habrá dejado de existir!... ¡Qué gran felicidad para él poder oír de los labios de la mujer á quien tanto ama una palabra de consuelo!

»Si usted, señorita Clotilde, desea saber con frecuencia el estado del herido, dignese contestar una sola línea á su mas respetuoso servidor, que vive desconsolado viendo á su hijo adoptivo en tan triste situación.—El conde de la Fé.

»Postdata.—Puede usted contestar por el mismo conducto que recibe esta, que debe quemar, evitando así que nadie se entere del interés que á usted inspira mi ahijado.»

Al terminar la lectura de la carta, Clotilde se dejó caer desfallecida en un sofá, llevóse las manos á la frente y lloró.

Aquellas lágrimas iban dedicadas á Daniel y brotaban de su alma. Eran la esencia de su alma purísima evaporada por los ojos; era la primera pena que sentia su virginal corazón.

En las penalidades de la vida, á las lágrimas sigue siempre la reflexion.

Clotilde lloró, pero enjugándose por fin los ojos, se dijo hablando consigo misma:

—Daniel está herido por mi culpa. El hombre generoso que le sirve de padre me lo avisa: ¿qué debo hacer?

Clotilde, durante algunos minutos, no supo qué contestarse á esta pregunta, pero comprendió que para evitar peligros, debia quemar la carta del conde de la Fé, y así lo hizo.

Luego procuró serenarse y se dijo:

—Julio es amigo de Daniel, le escribiré á Blanca para que venga á pasar el dia conmigo, y entre las dos decidiremos lo que debo hacer.

Clotilde cogió la pluma y escribió estas líneas á su amiga:

«Querida Blanca: pide permiso á tu buena madre para pasar el dia conmigo. Tenemos que hablar y estudiar mucho. No tardes.—Tu amiga Clotilde.»

Clotilde tiró del llamador de la campanilla y se presentó su doncella.

—Tengo motivos para reprenderte duramente!

—¿Á mí, señorita? ¿y por qué?—preguntó con admirable candidez la doncella, á quien conoceremos desde ahora con el nombre de Rosa.

—Porque no me has dicho la verdad.

—¿Cuándo?

—Hace poco, al entregarme la carta.

Rosa inclinó con cierta modestia los ojos al suelo.

—No me lo ocultes: tú conocias al hombre que te la dió.

—Pues bien, señorita, me arrepiento de no haberle dicho á usted la verdad.

—Enhorabuena, la franqueza es lo único que puede escudar tu imprudencia. ¿Sabias tú lo que me decian en la carta?

—Sabia que al señorito Daniel le habia sucedido una gran desgracia, que estaba el pobre gravemente herido, y calculando que usted...

—Bien, te perdono por esta vez, pero no vuelvas á cometer otra imprudencia.

Rosa, que conocia perfectamente á su ama y que además estaba resuelta á servir al conde de la Fé, se aventuró á decir:

—Es el caso, señorita, que el caballero que me dió la carta me dijo que vendria por la contestacion.

—Le dirás que por ahora no tengo ninguna que darle.

—Está bien, señorita. Pero de seguro que esa contestacion va á causar una profunda pena al señorito Daniel.

—Basta, Rosa, basta; de algun tiempo á esta parte te tomas mas libertades que las que te incumben. Toma esta carta y manda á un criado que la lleve inmediatamente á casa de la señorita Blanca.

Rosa, comprendiendo que no era aquel el momento oportuno para convencer á su señorita de que era una injusticia dejar sin contestacion la carta del conde de la Fé, salió del gabinete.

Clotilde se quedó sola.

Como era muy temprano para hacer la visita de costumbre á su padre, cogió un libro con el objeto de matar el tiempo.

Cuando la imaginacion está preocupada con algun acontecimiento grave, la lectura del libro mas interesante no es suficiente para distraerla.

Clotilde pasaba una y otra hoja sin darse cuenta de lo que leia, y era que su espíritu, angustiado con la desgracia que habia sufrido Daniel, le ocupaba su pensamiento de tal modo, que era vano todo su afan por distraerse.

Así trascurrió una hora. Serian las once de la mañana. Clotilde dejó el libro y se dijo:

—Blanca no puede tardar; mientras ella viene, iré á dar á mi padre los buenos dias.

Clotilde se dirigió á la habitacion del general. Tenia la costumbre de entrar en el gabinete por una puerta de escape de la alcoba. Generalmente esta puerta estaba cerrada. Clotilde llamaba de un modo harto conocido para su padre, y él la abria en persona.

El dia que nos ocupa, Clotilde encontró la puerta abierta, cruzó el ancho de la alcoba y paróse detrás de la elegante cortina de terciopelo que daba paso al gabinete, y se detuvo porque oyó una voz desconocida que decia:

—Estoy verdaderamente humillado, general; si es

efectivamente cierto que el hombre que usted desea encontrar ha venido á Madrid, se lo ha tragado la tierra.

—Pues bien, señor Quesada, yo tengo la completa seguridad de que el doctor Samuel está en Madrid, y es doblemente estraño para mí que un hombre de las circunstancias de usted no encuentre á un sugeto que tiene señas tan marcadas, tan características, y que, como nada recela, no es fácil que se desfigure para burlar las pesquisas de la policía.

—Á pesar de todo eso, general, hace veinticuatro horas que he puesto en movimiento, ó por mejor decir, en persecucion de ese hombre, á todos mis sabuesos, y puedo asegurar á V. E. que entre ellos los hay que tienen el olfato muy fino.

—Es estraño, muy estraño todo ello,—repuso el general paseándose por la habitacion con marcadas muestras de mal humor.—Se busca á un hombre de mas de sesenta años de edad, con el cabello blanco y una profunda herida en la parte alta de la frente, se sabe que ha llegado en el tren de Zaragoza y el dia y la hora que esto ha sucedido; se pone en juego toda la policía de Madrid, que cuesta mas de cuatro millones de reales, y la policía se cree haber cumplido con su deber diciendo: «No se le encuentra.» Esto me disgusta altamente, señor Quesada, y prevengo á usted, para su inteligencia, que si antes de veinticuatro horas no ha encontrado usted al doctor Samuel y no viene á decirme que se halla en su poder, incomunicado, me veré en la necesidad de tomar una medida enérgica.

Quesada, que habia escuchado inmóvil y grave las reconvenções del general Lostan, contestó con acento firme y respetuoso:

—Señor general, V. E. sabe que yo soy un delegado del gobierno y he cumplido siempre con mi deber. Para crear en Madrid una policia á la altura de la de Lóndres, que oiga, segun una frase familiar, crecer la yerba, se necesita tiempo y una gran subvencion de dinero.

Y saludando respetuosamente, añadió:

—Si dentro de veinticuatro horas no he encontrado al doctor Samuel, presentaré mi dimision.

—Está bien, puede usted retirarse.

—Á las órdenes de V. E., general.

Clotilde oyó los pasos de aquel hombre que se alejaba, y sin poder contener un arranque de curiosidad, entreabrió un poco la cortina y pudo ver á su padre, que, dejándose caer con desaliento en una butaca, se cubria el rostro con las manos.

Comprendió que su padre se hallaba en uno de esos momentos de mal humor, que algo grave le sucedia.

Además, la preocupaba todo cuanto acababa de oir. El doctor Samuel no era para ella un nombre desconocido.

Muchas veces, cuando Julio, el hermano de Blanca, le habia hablado de Daniel, mentaba en su relato el nombre del viejo doctor, y aun recordaba haberle oido decir que cierta noche unos hombres habian tratado de poner término á su vida.

Todo esto era muy suficiente para producir una gran confusion en las ideas de Clotilde.

¿Por qué su padre mostraba tanto empeño por encontrar á un pobre viejo inofensivo, llegando hasta el punto de amenazar al jefe de la policía con destituirle si no lo conseguia?

¿Tendria esto algo que ver con la prohibicion que se le habia impuesto de amar á Daniel?

Á los diez y nueve años la mujer carece de la penetracion necesaria para deducir con lógica esos grandes misterios de la vida.

Clotilde no sabia si avanzar ó retroceder. Su padre, inmóvil, taciturno, hundido, por decirlo así, en una butaca, le demostraba con su mutismo que una profunda pena le dominaba.

Despues de algunos momentos de vacilacion y precisamente cuando Clotilde se hallaba resuelta á descorder la cortina y avanzar hasta su padre, vió aparecer en la puerta del gabinete á Santiago, el ayuda de cámara del general.

La presencia de este hombre, que nunca le habia sido simpático, la detuvo, y por la primera vez en su vida asaltóla la idea de oír lo que aquel hombre iba á hablar con su padre.

Bien es verdad que Clotilde se hallaba en una de esas situaciones especiales que hacen cambiar por completo la manera de ser.

## CAPÍTULO II.

Donde una proposicion que haria reir á  
muchos, hace llorar á Clotilde.

Santiago avanzó hasta colocarse á dos pasos del general.

—Señor,—le dijo en voz baja.

Don Pedro levantó la cabeza, fijó una mirada fria y penetrante en su ayuda de cámara y le preguntó:

—¿Se han batido?

—Sí. Á las ocho de la mañana.

Esta pregunta hizo crecer la curiosidad de Clotilde, comprendió que iban á hablar de Daniel, y por nada del mundo hubiera abandonado aquel sitio.

El general, como si le diera miedo lo que iba á decirle Santiago, hizo una ligera pausa, se pasó la mano por la frente y añadió:

—¿Qué resultado ha tenido el lance?

—Que Daniel salió herido.

Don Pedro se estremeció. Luchaban en él la natura-

leza y la vanidad, el orgullo de su alta posición social, y esta lucha le rompía en pedazos el corazón.

—¿Y es de gravedad la herida?—volvió á preguntar el general.

—Una estocada en el pecho.

Don Pedro volvió la cabeza con una rapidez increíble.

—¡Una estocada!—preguntó con asombro.—Pues ¿no se han batido á sable?

—Sí, señor. Sable francés, corto y con punta.

—¡Entonces!...

—Estaba prohibida la estocada, pero parece ser que Daniel se lanzó de un modo rabioso sobre su contrario, clavándose él mismo.

—¡Infeliz!—murmuró en voz baja el general.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—¿Qué médico le asiste?

—El doctor Mendez.

—¿Y qué dice de la herida?

—Que es grave.

—Quiero saber con frecuencia noticias de Daniel... ya lo sabes, Santiago. Vete, déjame solo. Si vienen á verme, dí que no estoy en casa.

El ayuda de cámara salió sin decir ni una sola palabra.

El general volvió á quedarse meditabundo en su butaca.

Clotilde, indecisa, dejó trascurrir algunos minutos. Luego retrocedió, llegó á la puerta de la alcoba y llamó como tenía de costumbre.

Oyó los pasos del general y dijo desde fuera:

—¡Soy yo, padre mio! ¿Se puede entrar?

Don Pedro abrió la puerta, y al ver á su hija, se des-nubló su semblante.

Clotilde se arrojó al cuello de su padre y le dió un ruidoso beso.

Aquel beso reconciliaba al general con la vida. Clotilde era para él un ángel, y su profunda pena era que tal vez iba á hacerla muy desgraciada.

—Ante todo, te pido perdon por haber venido á darte los buenos dias hoy un poco mas tarde,—dijo Clotilde procurando disimular el estado de su espíritu.

Don Pedro, como siempre, se sentó á su hija sobre las rodillas y se quedó mirándola con verdadero éxtasis.

El general, padre enamorado de su hija, avaro de la felicidad de aquel ángel de la tierra que le habia cabido en suerte, creyó notar en los hermosos ojos de Clotilde recientes señales de llanto.

—¡Tú has llorado, Clotilde!—le dijo.

—¡Llorar yo! ¿Y por qué?...

Don Pedro agitó en señal de disgusto la cabeza y añadió:

—¿Por qué me engañas? ¿Por qué me ocultas la verdad? Veo con dolor, querida Clotilde, que de dia en dia te inspiro menos confianza.

Clotilde, que no sabia mentir, inclinó la pudorosa frente sobre el pecho. Estaba triste y le era muy difícil ocultar el estado de su espíritu.

—Si tú me amaras como antes, te propondría una cosa,—añadió el general, que sentía miedo de averiguar el motivo de la tristeza que notaba en su hija.

—Como te amo mas que nunca, puedes proponerme lo que quieras.

—La primavera ha comenzado... y quisiera ir á Italia.

Clotilde se estremeció.

—Tú no has visto la patria de Rafael y Miguel Angel, y si quisieras, iríamos á Roma, á Florencia, á Nápoles. ¡Ah! es tan hermoso viajar...

Clotilde continuó guardando silencio.

—Despues de recorrer Italia, iríamos á Francia, Alemania y Suiza, y luego, cuando á la entrada del invierno regresáramos á España, podrias hablar de tus viajes, porque, hija mia, hoy es una necesidad viajar. Da vergüenza decir que no se ha estado en París, en Roma y en Berlin.

Y como Clotilde no respondia, el general añadió algo resentido:

—Veó que te fastidia mi conversacion.

Clotilde se encontró en un compromiso: negarse á una proposicion tan poética como la que le hacia su padre, era inverosímil en una jóven de diez y nueve años; aceptar era alejarse de Daniel en los momentos que se hallaba en peligro su vida.

Comprendia que era preciso dar á su padre una contestacion y no podia hablar.

El general, impaciente con el silencio de su hija, añadió:

—Veo con sentimiento, Clotilde, que has perdido el uso de la palabra. Dí francamente que el viaje que te propongo te disgusta y así habremos acabado pronto.

—No, padre mio, no... iremos donde tú quieras,— contestó Clotilde.

—Te amo demasiado para violentarte, y en tus palabras he creído notar mas bien la resignacion de la víctima que la alegría de la jóven que acepta gustosa lo que se le propone.

—¡Qué mas puedo hacer yo!

Esta exclamacion era un poema que lo revelaba todo al general. Supo, sin embargo, contenerse y dijo: —

—Sí, dices bien, una hija no puede hacer otra cosa que obedecer á su padre, pero tambien los mártires obedecen cuando se les dice: «allí está el patíbulo, id á morir en él,» y yo no quiero que seas una mártir, sino una jóven feliz. No hay, por lo tanto, motivo para que te violente; desisto de ese viaje: buenos dias, Clotilde, retírate... tengo que hacer.

El general apartó de sí suavemente á su hija, y ésta, que se habia contenido á duras penas, prorumpió en un amargo llanto.

Don Pedro se estremeció, como si las lágrimas de su hija cayeran sobre su corazon.

—¡Lo ves, Clotilde!—le dijo.—Tú no eres franca conmigo, pues la sola idea del viaje que acabo de proponerte llena tus ojos de lágrimas y tu corazon de tristeza. Y sin embargo, me has dicho que aceptabas mi proposicion.

—Yo no lloro por el viaje, padre mio,—contestó Clotilde con acento trémulo.—Lloro porque me rechazas de tu lado, porque no me quieres como antes... porque de algun tiempo á esta parte he notado en tí un cambio que me hace daño, que me causa mucha pena.

—¡Que no te amo!—esclamó el general estrechando con fuerza á su hija entre sus brazos.—¡Ah, Clotilde, pluguiera á Dios que así fuese!

Habia tan profunda espresion de dolor en estas palabras, tal verdad, que el general creyó que para probar el inmenso cariño que profesaba á su hija no tenia necesidad de hablar mas.

Clotilde se avergonzó de la reconvencion que acababa de dirigir á su padre, y arrojándose á su cuello, le cubrió el rostro de besos y de lágrimas.

Desde este momento cambió por completo la escena. Clotilde comprendió que volvía á apoderarse de la voluntad de su padre, como en otro tiempo, y se propuso sacar partido de la predisposicion en que aquél se encontraba.

—¡Sí, sí, tú eres bueno! ¡muy bueno, y me quieres mucho! ¿No es verdad, padre mio, que me quieres mucho?

—Mas que á mi vida, Clotilde; tú sola me das valor para soportar las penalidades de la existencia.

—¡Penas tú!... ¿Y por qué?

—Porque he creido leer en tu corazon... porque amas á un hombre que yo deseo que borres hasta su nombre de tu mente.

—¿Vas á hablarme de Daniel?

—Tú misma le nombras.

—¡Pero yo no sé por qué le tienes tanto ódio á ese jóven!... ¿Qué daño te ha hecho?...

Esta pregunta inocente turbó á don Pedro.

—No me ha hecho daño ninguno, hija mia,—contestó el general,—pero eso no es suficiente para que yo tolere que preocupe tu imaginacion. Eres la hija de los marqueses del Radio, y Daniel es un pobre huérfano.

—Yo te he oido contar muchas veces que tú has sido pobre antes de ser rico.

—Pero no todos los pobres se enriquecen.

—Además, segun he oido decir, el conde de la Fé, que es millonario, trata de nombrar su heredero á Daniel.

—El conde de la Fé es un mal hombre, Clotilde; no hará semejante cosa. ¡Ah! ¡Si tú supieras por qué protege á Daniel!

Don Pedro se detuvo, comprendiendo que habia ido demasiado lejos.

Una nube oscureció su frente, y dando á su voz una entonacion menos cariñosa, añadió:

—Pero no nos ocupemos de lo porvenir... hablemos del presente, y sobre todo del proyecto de viaje que te indiqué hace poco.

Clotilde comprendió que todo el afan de su padre se reducía á separarla de Daniel, y que era preciso acceder por el pronto.

—Pues bien, en prueba de que no tengo mas vo-

luntad que la tuya, partiré gustosa, iremos á Italia.

—¡De veras!—esclamó el general sin poder ocultar su alegría.

—Pero con una condicion,—añadió Clotilde sonriéndose:—que no partiremos hasta el mes que viene.

—¿Y por qué esa demora, cuando Mayo es el mes mas poético para viajar?

—Porque tengo un concierto ofrecido para el dia veintiseis y no puedo faltar á mi palabra.

—Estamos á cuatro.

—Tú, mientras tanto, puedes formar el itinerario de nuestro viaje, yo encargaré á mi modista algunos trajes.

Clotilde, por la primera vez en su vida, se propuso engañar á su padre.

—El general pensaba, por su parte, que no le seria dificil adelantar el viaje.

—Quedamos convenidos en que partiremos á últimos de mes.

—Convenido.

—Tengo tambien una condicion que imponerte.

—Veremos si puedo admitirla,—contestó Clotilde con encantadora coquetería.

—Que no digas á nadie nuestro proyecto de viaje.

—¿Y por qué ese misterio?

—Porque podria el gobierno ponerme algun inconveniente.

—¡Ah! guardaré el secreto. Ahora dame tu permiso para retirarme.

—Adios, hija mia.

Clotilde besó en la frente á su padre y salió del gabinete.

—Cuando se encontró en el corredor que conducia á su habitacion, se llevó la mano al pecho, y suspirando con fuerza, se dijo hablando consigo misma:

—Sí... es indudable... aquí hay algun misterio que yo no puedo descifrar... ¿por qué odia mi padre á Daniel? ¿Por qué le protege el conde de la Fé? ¿Por qué busca con tanto empeño á ese pobre anciano que fué el amigo de confianza, el apoyo de la madre de Daniel?

Todas estas preguntas, á las que no pudo contestarse, preocupaban á Clotilde.

—Cuando llegó á su gabinete la estaba esperando Blanca: se arrojó en sus brazos y comenzó á llorar.

—¡Ah! ¡Cuánto te agradezco que hayas venido!—le dijo.

—Pero ¿por qué lloras?...—le preguntó Blanca.

—No lo sé, pero tengo una gran pena en el corazon.

—¿Sabes que el pobre Daniel está herido?

—Sí: ven, ven y hablaremos. ¡Tengo tantas cosas que decirte!

Y Clotilde condujo á su amiga hasta un sofá, donde se sentaron las dos.

---

## CAPÍTULO III.

## Las dos amigas.

—¡Tú no sabes, Blanca, lo desgraciada que soy!...

Con esta exclamacion dolorosa comenzó el diálogo de las dos amigas.

—¡Desgraciada tú!... ¡Ah! ¡no ofendas á Dios!...—  
contestó Blanca estrechando la hermosa cabeza de su amiga contra su pecho.

—¿De qué me sirve ser la hija de los marqueses del Radio, si mi fortuna es causa de estas lágrimas?

—Pero, ¿estás loca? ¿Qué sucede?

—¡Sucede que Daniel está herido!

—¡Ah! ¡Es verdad!

—Pero tu hermano le habrá visto, ¿no es así?—  
preguntó Clotilde cogiendo cariñosamente las manos de su amiga.

—Ha sido padrino en ese desgraciado desafío.

—¿Y está, como he oido decir, tan mal herido Daniel?

—Dice Julio que, aunque la herida es grave, el médico confía mucho en la juventud y robustez del herido.

—Ya sé que es el doctor Mendez quien le asiste, y me inspira mucha confianza.

—Pero, ¿cómo sabes tú todo eso? Cuando recibí tu carta, me dije: «Clotilde no sabe nada y me manda á buscar, porque es natural que esté impaciente,» pero veo que estás enterada de muchas cosas.

—¡Ah! ¡si supieras lo que he sufrido desde que abandoné mi lecho!... Es indispensable que yo vea á Julio... necesito que él me entere de todo... pero tú tal vez sepas...

Y Clotilde, bajando la voz como si temiera ser oída, añadió:

—Tu hermano debe conocer al doctor Samuel.

—Si mal no recuerdo, me dijo que le habia visto en casa del conde de la Fé.

—¡Luego está en Madrid!

—Sí, en casa del conde.

—Ahora mas que nunca necesito hablar con tu hermano.

—Me asustas, Clotilde; ¿qué es lo que ocurre?

—Ni yo misma podria decírtelo; pero un vago sentimiento conmueve mi espíritu y agita mi corazón. No sé por qué temo que le suceda alguna nueva desgracia á ese pobre anciano que tanto quiere á Daniel.

—¿Y qué desgracia puede sucederle?—preguntó ingenuamente Blanca.—He oido decir que el doctor Samuel es un hombre inofensivo que no tiene enemigos.

—Y sin embargo, tú recordarás que tu hermano nos contó que una noche dos hombres enmascarados dispararon alevosamente un arma de fuego sobre la venerable cabeza del anciano. Vuelvo á repetírtelo, Blanca: es preciso que yo vea á tu hermano. Pero como pudiera retrasarse esta entrevista, en perjuicio del doctor Samuel, dile de mi parte que le vea inmediatamente y que le prevenga que un gran peligro le amenaza.

—Bien, bien, haré lo que tú me dices. Tus palabras han sobresaltado mi ánimo.

—Escucha, Blanca. Una casualidad me ha hecho oír ciertas palabras, y por ellas he comprendido que se prepara una terrible emboscada á ese pobre anciano, que ha abandonado su pueblo despues de una larga convalecencia, sin otro objeto que el de enterarse de la suerte de Daniel. Es indudable que ese pobre anciano ignora que tiene algun poderoso enemigo, y mi conciencia me aconseja prevenirle. No te olvides, pues, de enterar á tu hermano de todo cuanto acabo de decirte. Y ahora voy á confiarte con la mayor reserva los proyectos de mi padre.

Clotilde dirigió en derredor suyo una mirada recelosa. Aquella encantadora niña no tenia secretos para su amiga Blanca, á quien desde el primer momento que conoció, dió el dulce nombre de hermana del corazon.

—¡Ah, Blanca, Blanca! A tí te ha sorprendido oír de mis labios, hace poco, que era muy desgraciada, y va á sorprenderte doblemente el que te diga que debemos separarnos muy en breve.

—¡Separarnos! ¿Y por qué?—preguntó Blanca estremeciéndose.

—Porque mi padre quiere llevarme á Italia, á Alemania, que sé yo á dónde: alejarme de Madrid.

—Me habias asustado. Lo que tu padre desea es emprender uno de esos viajes de recreo de que tanto gustan las personas bien acomodadas. Y esa separacion que acabas de anunciarme será corta.

—¡Quién puede asegurar esto!

—¿Crees que el general va á estar recorriendo toda la vida los países extranjeros?

—Lo que el general quiere es alejarme de Daniel.

—¡Ah!

Esta exclamacion era un poema, del que Clotilde no pudo leer ni una palabra.

Blanca amaba á Daniel, pero habia tal abnegacion, tanta grandeza, tanto agradecimiento en su alma, que aquel amor era un secreto guardado en lo mas profundo de su corazon.

Solo Julio habia descubierto este amor, pero Blanca estaba segura de que sabia guardar el secreto.

—Ahora voy comprendiendo,—añadió Blanca esforzándose por sonreirse,—que tienes motivos para creerte desgraciada, porque supongo que amas á Daniel.

—Ni yo misma podria contestarte á esa pregunta: siento por Daniel un vivo interés, una gran simpatía, me disgusta el empeño que me demuestra mi padre en que yo borre de mi memoria hasta el nombre de ese jóven; me entristece el estado en que se encuentra y no sé

cómo demostrarle mi gratitud por haber arriesgado su vida en mi defensa.

—Pero tu padre es bueno, condescendiente, tolerante contigo. ¡Qué importa que hoy se enfade, que grite, que te prohíba acordarte de Daniel! Á tí, que eres alma de su alma, y á quien él tanto quiere, no ha de faltarte con el tiempo una ocasion para arrancar á sus labios el sí que hoy se ha propuesto no pronunciar.

—Estás en un error grave, Blanca. Mi padre ha cambiado notablemente. Antes me concedia todo cuanto le pedia. No recuerdo que me haya negado nada jamás. Santificaba hasta mis caprichos con la sonrisa en los labios y la ternura en la mirada; pero hoy le encuentro duro, huraño, exigente. Y como no puede convencerme de que rechace á Daniel porque sea pobre, tristes y vagos presentimientos preocupan mi imaginacion.

—Yo tengo poca esperiencia para aconsejarte, Clotilde, pero comprendo que te sobresaltas mas de lo que conviene. Un padre tan amoroso, tan condescendiente como el tuyo, sucumbe siempre á las súplicas de su hija. Á tí te preocupa el viaje que hoy te ha propuesto. Pues bien, yo lo aceptaria gustosa complaciéndole, con la seguridad de que el tiempo realizaria sin violencia mis deseos.

—¡Oh! Yo tambien he aceptado el viaje. Hubiera sido una ingratitud por mi parte resistirme. Al principio le demostré el mal efecto que me causaba, pero luego pensé que una negativa le irritaria doblemente. Dejemos, pues, ese punto y responde á las preguntas que

voy á dirigirte. Tú eres mi amiga, ¿no es verdad?

—Me ofenderia que lo dudara.

—No lo dudo, pero tengo pensamientos muy estraños, por no decir muy arriesgados.

—Me asustas.

—Antes de emprender el viaje, tal vez necesite ver á Daniel.

—Eso seria una imprudencia.

—Será todo lo que tú quieras. Pero esa entrevista que acabo de anunciarte, y que yo tendria delante de tí y de tu hermano, en nada puede herir mi honra.

—Sin embargo, vuelvo á repetirte que seria una imprudencia.

—Bien, en ese caso, yo sola cargaré con la responsabilidad. Tú has ofrecido obedecerme y exijo que me cumplas la palabra. ¿Á qué hora sale tu hermano de la oficina?

—Hoy no ha ido; está junto al lecho de Daniel.

—Es preciso que le llames; escríbele una carta; dile que venga aquí: necesito hablarle.

—Haré lo que tú quieras.

—Quiero que escribas.

Y Clotilde, cogiendo cariñosamente por el brazo á Blanca, la condujo hasta un elegante velador de palo de rosa, donde habia recado de escribir.

—Siéntate y coge la pluma.

Blanca obedeció.

—Voy á dictarte: escribe.

«Julio, necesito verte pronto, muy pronto. Estoy en

LA CARCALADA

ESTADO DE LA UNIÓN

SECRETARÍA DE ECONOMÍA

SECRETARÍA DE ECONOMÍA

SECRETARÍA DE ECONOMÍA

SECRETARÍA DE ECONOMÍA

LA CARCALADA

ESTADO DE LA UNIÓN

SECRETARÍA DE ECONOMÍA

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

---

LAS

# FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico  
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

---

BASES DE LA PUBLICACION.

---

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en foleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

---

PRÓXIMA Á PUBLICARSE.

---

## LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.<sup>ª</sup>